

brian de hacer más soportable la tos penosa que le interrumpía su sueño, y en seguida recomendaba la conversación, nunca terminada, acerca de las luchas sangrientas de la Italia contra el Austria, de la Italia contra el Papa, de la Italia contra todas las tiranías, las de la tierra y las del cielo, que por mucho tiempo se conjuraron para ahogar todos los movimientos en favor de la libertad.

El Dr. Bonatto me propuso en una ocasión, para que la familia tuviera á lo menos la satisfacción de haber echado mano de todos los recursos posibles para salvar aquella vida que á todos interesaba por igual, que consultáramos con un especialista famoso, con el Dr. Maragliano, que estaba á la cabeza del Instituto Bacteriológico de Génova y que más tarde había de tomar participación importantísima en el Congreso Médico de Roma. Y el Dr. Maragliano, llamado por mí, vino á San Remo, para confirmar el diagnóstico del Dr. Bonatto y para arrebatarnos á todos, con sus fatídicas predicciones, las últimas vagas esperanzas que habíamos alimentado, si nó de que el mal desapareciera, al menos de que nos diera tiempo para volver á México, en la primavera. Él pronosticó que el Maestro iba á morir en el mes de Febrero; y me lo dijo con tal seguridad, como si hubiera podido leerlo en las páginas misteriosas del libro que

guarda ocultos á las miradas humanas los destinos de los hombres!

Era, sin embargo, preciso seguir luchando con la muerte, combatirla con ahinco, cerrarle todas las puertas para que no entrara, ocultar todas las grietas para que no se deslizara por ellas, y á eso obedecía el martirio que al enfermo se le imponía todas las mañanas.

¿Qué hacer durante aquellos días? ¿Pasearnos en aquel pueblo, siempre de fiesta, en donde los enfermos y los sanos buscan el sol por calles y por plazas, cuando nosotros no podíamos gozar de los encantos de la Naturaleza, ni deleitarnos con la vida social, ni entretenernos con el mundo cosmopolita que vive en los hoteles?

Como yo me había comprometido á dar una conferencia en Lyon acerca del problema monetario y de todo lo que para su resolución se había hecho en la Conferencia de Bruselas, me cerré á escribir un nuevo libro, como antes lo había hecho en París, y escribí sin descanso, de la mañana á la noche, hasta dar cima á aquel trabajo, y me marché á Lyon y di mi conferencia y regresé á San Remo y me volví á encontrar de nuevo en medio de los míos, compartiendo sus penas y contemplando con infinito dolor cómo aquella vida se iba extinguiendo poco á poco, lentamente, como van muriendo en nuestras al-

mas las ilusiones juveniles, á medida que los vientos del otoño arrancan una á una las hojas del árbol de la vida.

Una mañana llena de sol y fresca como una tarde otoñal, que convidaba á abrir puertas y ventanas para que la salud entrara por ellas, y en cuyo aire se respiraba el perfume de los renuevos de primavera, el Maestro expresó el deseo de sentarse en la terraza y de tomar parte en aquel hermoso festín de vida en el cual tal vez era él uno de los pocos convidados que no tenía derecho á participar de los manjares de la mesa.

Creímos todos que aquel deseo respondía á un nuevo esfuerzo por vivir que él sintiera germinar en su espíritu; pero una vez instalados en la terraza, se consagró á dictarme su testamento, como si yo hubiera sido el notario llamado á recogerlo de sus labios vacilantes. Como el Maestro era pobre y no tenía una fortuna que dejar á sus herederos, no necesitó hacer mención alguna de sus bienes; como no tenía asuntos difíciles de familia que resolver, no le fué preciso hacer constar derechos que nadie habría de reclamar; como carecía de deudas por pagar, no le fué menester hacer mención de sus acreedores; pero en cambio, como si tenía algo muy suyo de que disponer, me dió las instrucciones necesarias.

«No quiero que me dejen en tierra extranjera; y como el medio más seguro para volver á la patria es la cremación de mi cadáver, después que yo muera, imponga Ud. su voluntad y mi deseo, y lleve á la patria mis cenizas.»

Como era inútil mentir á un hombre como él y dejar de contraer la obligación que él solicitaba de mí, á pretexto de que no debíamos hablar de la muerte, me apresuré á decirle que su voluntad sería cumplida, porque las cenizas de un patriota como él no debían tener mejor urna que el seno de la patria.

Y no hablamos más acerca de la muerte, que él consideraba segura é irremediable. Él había visto disiparse el más serio de los temores que sin duda le habían asaltado. Él había arrojado sobre mis hombros el peso de una responsabilidad que ya no quería llevar sobre los suyos, é indudablemente se sintió tranquilo, como el viajero que deposita su carga en el camino y se sienta á descansar.

Sus últimos momentos se acercaban día por día. Un inmenso desaliento se había apoderado de todos nosotros. Los niños no podían reír y no podían jugar. Les estaba prohibido moverse para que no hicieran ruido. Estaban como pájaros entumecidos en la jaula que les servía de prisión! ¡Nosotros nos veíamos los unos á los otros, y no

conversábamos por temor de pronunciar las palabras que estaban en nuestras conciencias y que no queríamos que llegaran á nuestros labios; y todos admirábamos el contraste terrible que existía entre la alegría del cielo siempre azul, del mar siempre sereno, de los árboles siempre verdes, de los arbustos siempre en flor, de las mañanas siempre risueñas, de las tardes siempre tibias, de los rumores del día siempre festivos, de las voces y de los esplendores de las noches siempre llenas de deleites infinitos, y la inmensa tristeza que reinaba en nuestro hogar, en donde todo era silencio y luto y desolación y muerte!

¡Nada alteraba aquella monotonía! ¡Todos los días eran iguales los unos á los otros!

Sin embargo, una mañana me anunciaron que dos amigos de México deseaban verme y saludar al Maestro. Bajé precipitadamente la escalera, fui al salón y me encontré con un médico muy conocido nuestro á quien habíamos visto en París y uno de nuestros marinos que era una esperauza para la patria y que hoy vive olvidado, no sé si por obra suya ó de los suyos.

¡Tener un médico en nuestra casa y que como mexicano pudiera interesarse vivamente en examinar al Maestro, en alentarle con sus consejos, y ¡quién sabe! curarlo con su ciencia, era cosa tan inesperada como grata!

Pasó á la recámara del Maestro, escuchó la relación de su mal, hecha por él y por todos nosotros á la vez, porque Margarita y Catalina y yo nos arrebatábamos la palabra para suministrar apresuradamente todos aquellos datos que juzgábamos de importancia, y en seguida comenzó á escucharlo cuidadosamente.

«¡Doctor, le dijo el Maestro al acercar la cabeza á su pecho, parece que el Amor lo ha coronado á Ud. de rosas!»

El médico agradeció aquellas expresiones de cariñosa simpatía y continuó pacientemente su examen. Cuando hubo concluido, se volvió á nosotros con cierto aire de sorpresa; nos dijo que nada revelaba la existencia de focos tuberculosos en los pulmones, que sin duda estábamos siendo víctimas de un error de diagnóstico, porque la enfermedad estaba en los bronquios y no en otra parte, y aconsejó que se procediera al análisis de los esputos en el Instituto Bacteriológico de Génova, porque estaba seguro de que él revelaría que no existía el bacilo de Koch. «El diagnóstico de la tuberculosis, agregó, es tan sencillo por medio del microscopio, que no me explico que Udes. no hayan recurrido á él.»

¡Un rayo de esperanza iluminó los ojos del Maestro y adquirieron un brillo tal, que pareció que una ola de vida inundaba sus mejillas! Nos

míramos los unos á los otros, más asombrados que contentos. Cada uno se imaginaba que aquel diagnóstico era un consuelo cariñoso para el amigo moribundo. ¿Por qué no refrescar con una linfa pura los labios ardientes del sediento? ¡Era cumplir un deber de caridad cristiana!

Hablamos de París, de los rigores del invierno, que nunca como aquel año se mostraba severo y terrible, y de la hermosa primavera calentada por el sol de que disfrutábamos en San Remo; y el doctor y el marino dejaron la recámara del enfermo y el salón de la casa y se marcharon á su hotel.

Tras de ellos salí yo; los detuve en el acto, y encarándome con el médico, le di las gracias por el aliento que sus palabras habían dejado en el enfermo y en la familia. Él me dijo que no se había propuesto consolar nuestro infortunio, sino expresar una opinión como hombre de ciencia, é insistió conmigo de tal manera en la necesidad del análisis bacteriológico que debía llevarse á cabo en Génova, que me recomendó que sin tardanza me pusiera yo en camino para poder comprobar la verdad de sus asertos.

Volví á la casa á esperar al Dr. Bonatto, y le transmití la opinión de nuestro compatriota. El sabio médico se sonrió dulcemente. «Los médicos viejos, me dijo, hemos diagnosticado siempre, sin temor de errar, la tuberculosis, tomando el

pulso á nuestros enfermos. Jamás tuvimos necesidad, para el diagnóstico, de que Koch nos hubiera revelado la existencia del microbio que destruye el organismo humano.»

Lo invité á que tuviera una junta con nuestro médico y la rehusó, manifestándome que fuéramos á Génova para convencernos y le evitáramos la pena de discutir con un joven compatriota nuestro, de cuya ciencia y experiencia no quería dudar.

El Maestro me suplicó que al día siguiente me pusiera en camino para Génova, y en efecto, al día siguiente partí en unión de Catalina y de Héctor.

Jamás me he encontrado en situación de espíritu igual. Mi cariño hacia el Maestro, más que la opinión del médico mexicano, me hacía forjarme quiméricas ilusiones; y la experiencia adquirida á la cabecera del enfermo y la ciencia del sabio Dr. Bonatto y la consulta dada por el eminente Maragliano, me hacían temer que estuviéramos siendo víctimas de un engaño! ¡Quería que el tren, con las alas de mi impaciencia, volara á Génova, y temía llegar á aquella ciudad para no tener ante mis ojos la prueba irrefutable del destino fatal!

No sabíamos en qué día viajábamos, y al llegar á Génova nos dimos cuenta de que era un domingo de Carnaval.

Todavía se juega el carnaval en las ciudades italianas. Todavía Momo con su risa alegra la vi-

da, y travieso y juguetón pone una máscara en el rostro de doncellas y donceles.

¡Se comprende la existencia del carnaval! ¡Es natural que en alguna época del año los hombres cambien de máscara para decirse unos á otros la verdad, ya que la que llevamos siempre, la de la hipocresía, nos lo impide en el resto del año!

No es posible describir el ruido, el entusiasmo y la vida que llenaban las calles de Génova en aquel domingo. Por todas partes risas, por todas partes juegos; los que iban en carruajes y los que iban á pie tomaban participación en la fiesta, y niños y jóvenes y viejos dejaban las penas en sus casas.

Los antiguos palacios de Génova estaban mudos, los hermosos templos desiertos, el cementerio guardaba en el silencio sus tesoros artísticos, tesoros artísticos que hacen creer que es más bien un museo que el reino de la muerte.

Y visitamos los palacios y los templos y el cementerio.

El contraste era terrible, pero natural. Visitar un cementerio en un domingo de carnaval es cosa que no se le ocurre á nadie; pero así es la vida: ¡mientras el mundo ríe no falta alguien que lllore! ¡Lo sensible es que nos toque llorar cuando todos los demás ríen! El doloroso encargo que nos llevaba á Génova tan sólo nos podía permitir enca-

minarnos al cementerio; ¿por qué nos habría de horrorizar el espectáculo de la muerte si ya la llevábamos en el alma?

Sin embargo, nuestra visita á aquel famoso cementerio no nos entristeció. Hubiera sido cruel para nosotros aventurar el paso en un humilde cementerio de aldea, donde pobres cruces de madera nos hubieran hecho saber el nombre de los que para siempre habían desaparecido de la tierra, porque en él hubiéramos recordado lo que Horacio nos enseña: que pisa la muerte con igual pie la choza de los pobres y los palacios de los reyes; pero serenó nuestro espíritu la pompa artística de aquella mansión de la muerte, enriquecida por el arte y profanada por el lujo.

Volvimos al hotel y á él penetramos, no sin dificultad, porque precisamente en la calle donde estaba situado tenía lugar el gran paseo de carnaval y las aceras no eran bastante amplias para contener á los transeuntes, y las calles eran bastante estrechas para dar cabida á los coches y carros que formaban interminable procesión.

Asomados al balcón del hotel, presenciábamos aquel ruidoso desfile, aturdidos por el ruido ensordecedor de la calle y admirados de aquella alegría franca y cordial de que daban muestra todos.

El lunes era el día en que el examen bacteriológico debía verificarse, y el martes, á las 10 de la

mañana, iba á ponerse en mis manos el resultado de dicho análisis.

Héctor se nos enfermó en la noche de aquel día, y, debido á esa circunstancia, la pasamos en vela ignorantes de lo que entretanto acontecía en San Remo.

El Maestro había muerto el lunes en la tarde y nos habían dirigido en el acto dos telegramas. El primero decía: «Nacho, en agonía. Vénganse.—Aurelio.» El segundo: «Nacho ha muerto.—Aurelio.»

Y quiso la casualidad, como siempre sucede en estos casos, que recibiéramos antes el segundo que el primero, y que fuera Catalina y no yo quien lo abriera.

Un grito desgarrador suyo me descubrió la verdad. Recogí el telegrama que, desprendido de sus manos había caído al suelo; dejé llorar á Catalina, traté de impedir que el niño se sobresaltara, porque, en aquel momento, tenía una temperatura de 40° y me salí á la calle con un empleado del hotel, para averiguar á qué hora salía el primer tren que nos pudiera llevar á San Remo, y comprar los boletos.

Salimos de Génova lo más temprano posible y llegamos á San Remo á las 2 de la tarde.

En efecto, apenas salidos nosotros de San Remo, el Maestro se sintió peor, su respiración comenzó á hacerse difícil primero, fatigosa después,

y se sintió morir; llamó á Aurelio, le tomó una de sus manos como despidiéndose de él, dijo con voz casi ahogada «¡qué feo es esto!» y volvió el rostro hacia la pared para reclinar la cabeza en el seno dulce y amoroso de la muerte.

Era necesario que yo cumpliera la palabra empeñada y que procurara que su cadáver fuera cremado y recogidas en una urna sus cenizas.

Yo ignoraba la existencia de un horno crematorio en San Remo; pero el Presidente de la Municipalidad me informó que lo había establecido una sociedad de libre-pensadores, obligándose todos ellos á que sus cadáveres fueran cremados, y en el acto se libraron las órdenes necesarias.

Yo tengo en mi poder todos los papeles que se relacionan con la cremación, con el permiso otorgado al efecto, con la orden para la extracción de las cenizas de la provincia y del reino, con la autorización para que pudieran penetrar á Francia; y algún día, cuando yo tenga el gusto de hallarme entre Uds., habremos de leerlos juntos para publicarlos después.

El miércoles de ceniza, á las 8 de la mañana, salíamos de la villa «Garbarino» Aurelio y yo, acompañados de Vicente Morales (el único mexicano que, en unión de su esposa, la mujer más inteligente y dulce que yo haya conocido, se hallaba á la sazón en San Remo) cuando vimos lle-

gar una comisión numerosa, presidida por el Sr. D. Bernardo Calvino, quien depositó sobre el féretro una corona de flores y me dijo:

—«Hemos sabido que el Sr. Altamirano, cuya muerte lamentan Uds., era un viejo liberal, un patriota distinguido y un hombre de letras eminente, y hemos querido los miembros de la Sociedad de Libre-Pensadores de San Remo venir á presentarle el testimonio de nuestra simpatía y de nuestra admiración y á acompañarlo al cementerio para ser testigos de la cremación de su cadáver. Va á dar él un ejemplo á esta Ciudad, digno de ser imitado, y es muy justo que tomemos participación en ésta que juzgamos importantísima ceremonia.»

Nos pusimos en marcha y llegamos al panteón, y la puerta del horno se abrió y se colocó el cadáver sobre la plancha rotatoria, y penetró al horno y se cerró y nos retiramos todos como antes habíamos ido: mudos, cabisbajos, tristes, con ese silencio que cierra los labios de los que sufren.

Yo debía volver en la tarde á recoger las cenizas, y volví solo. Cuando la puerta del horno, ya frío, se abrió, vi salir de él, sobre la plancha rotatoria, una forma blanca como el mármol que iba deshaciéndose á medida que salía.

Recogí piadosamente todas aquellas cenizas que cupieron en una caja pequeña hecha de olivo

y forrada de seda blanca, y ésta la deposité dentro de otra de metal, guardando á su vez la de metal en otra caja muy sencilla que había de servirme para llevar las cenizas á París.

¡El espectáculo que había tenido ante mis ojos, por nuevo, me había producido una impresión punzante! ¡Sin embargo, es menos cruel que la vista de los sepultureros indiferentes que llenan la fosa de tierra y que bailan sobre ella como sobre los racimos en el lagar, para apretarla y formar el túmulo que sobre los sepulcros se levanta!

¡La muerte es siempre la misma! ¡Amorosa para aquellos á quienes hiera, cruel para aquellos á quienes respeta, porque cura las heridas de los unos y hace sangrar el corazón de los otros!

¡Felices los que descansan para siempre, ora hayan sido dichosos ó desgraciados! ¡Los unos porque se llevan en los labios el sabor de la dicha! ¡Los otros porque se llevan en el alma la esperanza de la felicidad!

¡Desgraciados los que viven entregados á la lucha por la vida, ya sea que ésta los castigue ó los premie! ¡Si los premia, porque temen perder los beneficios alcanzados! ¡Si los castiga, porque gimen bajo el peso enorme de sus desgracias!

Y en seguida comenzó para mi la peregrinación con las cenizas del Maestro, que se inició en San Remo y continuó en París y siguió en Nueva

York y me hizo ir á Veracruz y regresar á México, para depositarlas primero en el monumento que á su padre, un varón justo como Aristides, levantarán los hijos de D. José M. Iglesias, y luego en la capilla que la gratitud de mi mujer levantara para él.

Uds. conocen mejor que yo todos los honores que al Maestro se tributaron en París primero y en México después, porque el cable y los periódicos les hicieron saber los unos y porque fueron Uds. los autores de los otros.

¿Yo qué puedo decir del Maestro, su discípulo, su amigo, su hijo y su admirador de toda la vida?

Lo que Uds. han dicho siempre, lo que la generación que lo vió nacer y la actual han repetido constantemente, lo que el porvenir tendrá que confirmar de una manera indudable: esto es, que fué un elocuente orador, y un gran poeta, y un eximio literato y un crítico juicioso y un erudito de lectura copiosísima, y un patriota distinguido, y un guerrero esforzado y un maestro incomparable y un padre sin igual.

Él realizó entre nosotros el tipo del orador francés de la época de la Revolución. Era por la inspiración un Mirabeau, por la energía un Danton, por los arranques líricos un Saint-Just, por el furor de sus pasiones un Robespierre.

Improvisaba unas veces y escribía otras antes

de hablar; pero ya lanzara esas frases inimitables que no pueden jamás forjarse sobre el yunque ó impregnara sus discursos, por respecto á los Atenienses, con el olor del aceite de su lámpara nocturna, siempre su palabra caliente excitaba y enardecía á su auditorio y le arrancaba como homenaje el aplauso entusiasta, que es la mejor recompensa que conquista el orador.

Los que no lo oyeron nunca en la tribuna no pueden formar concepto acerca de él; porque ni puede juzgarse á un autor dramático leyendo sus dramas, ni puede uno tener idea de lo que es un orador declamando sus discursos.

El orador no existe sin el auditorio que lo escucha, sin el ambiente que lo rodea, sin la ocasión propicia que lo inspira, sin el medio donde se mueve, sin la atmósfera en que vive.

Los que alguna vez lo escuchamos y oímos brotar la palabra alada de sus labios llena de hermosas modulaciones, y vimos el resplandor brillante de sus ojos y la expresión enérgica de su gesto y el movimiento rítmico de sus manos y agitarse su melena hirsuta como la de los leones del África, y lo contemplamos transfigurándose siempre en el defensor de los oprimidos, en el reivindicador de las libertades violadas, en el revelador de las verdades nuevas y en el restaurador de los ideales viejos, lo aplaudimos entonces y lo seguiremos

aplaudiendo mientras hagamos memoria de sus triunfos.

Y fué un poeta melancólico y dulce. Si él llamó á Echeverría el Lamartine del Plata, nosotros debemos llamarlo á él el Lamartine del Atoyac. Hay en su lira las quejas melancólicas del autor del Jocelyn, el mismo amor por la Naturaleza, las mismas descripciones de las escenas campestres, los mismos amores tristes, las mismas alegrías reprimidas, el mismo romanticismo que se halla en las Meditaciones del autor de Graziela y de Rafael.

Él fué el que introdujo en México la poesía descriptiva; el que primero se complació en copiar los cuadros de la Tierra Caliente americana, llenos de rumores y de vida, donde zumban «Las Abejas,» donde «Los Naranjos» en flor perfuman, donde «Las Amapolas» matizan los campos, donde «La Flor del Alba» hermosea los valles, donde «La Cruz de la Montaña» se cobija bajo la sombra de los cedros seculares.

Son grandes los poetas que, apartándose de la rutina de su tiempo, ejercen una influencia profunda en el arte que cultivan y dejan hondas huellas de su paso en la generación cuyas glorias cantan, cuyas necesidades interpretan y cuyos ideales levantan como una suprema esperanza; y por eso el Maestro merece ser contado en ese número, porque él no se parece á ninguno de los poetas que le

precedieron, y porque ninguno como él marcó un nuevo rumbo á la literatura nacional, y porque ninguno como él tuvo mayor número de imitadores y de discípulos.

Como literato fué una de nuestras mejores glorias, porque á él se debió el renacimiento de nuestra literatura nacional en 1867; y en la cátedra, en el libro, en el periódico, en las academias y en la conversación no hizo otra cosa que infundir un amor vivo por las letras y constituirse en el supremo sacerdote de ellas.

Y fué un crítico juicioso, porque en la colección de sus revistas literarias supo juzgar á los hombres de su tiempo y estimularlos con la censura y premiarlos con el elogio.

Y fué un erudito, porque en sus estudios sobre el Baltasar de la Avellaneda y de la Medea, y en su crítica del Salón de Pintura de 1879 y en las revistas del Almanaque Caballero y en la Sociedad de Geografía y Estadística y en la cátedra de la Historia de la Filosofía en la Escuela de Jurisprudencia, descubrió los tesoros de su ciencia con una abundancia tal, que sólo podría compararse con aquellos de que dió muestra su maestro predilecto, el ejemplo de toda su vida, D. Ignacio Ramírez.

Y fué un patriota y un guerrero, porque desertó las aulas cuando la patria necesitaba de su esfuerzo en los tiempos de la Reforma, y porque empu-

ñó las armas y derramó su sangre en Querétaro en los días de la Intervención.

Si Orfeo con su lira conducía tras de sí á los bosques, el Maestro con la suya se llevaba á los pueblos á la derrota ó á la victoria, pero siempre á los campos en donde la gloria puede alcanzarse á trueque de la vida, porque él decía como Horacio: *«Dulce et decorum est pro patria mori.»*

Pero más que todo fué un maestro, porque él enseñó siempre en el periódico, en la cátedra, en las sociedades literarias, en la conversación y en la familia. Era un docente, no sólo porque enseñaba, sino porque amaba á aquellos á quienes enseñaba, y ésta es la primera condición para ser maestro; y él amó con un inmenso amor á nuestra juventud, la amamantó á sus pechos ubérrimos, le dió su sangre y su ciencia y su vida. Quiso á los que lo amaron y no dejó de amar á los que lo odiaron. Y perdonó á los envidiosos y protegió á los ingratos y llamó á los indiferentes y buscó á los humildes y compadeció á los soberbios y enseñó á todos con gran solicitud, dividiendo su pan con unos, compartiendo su miseria con otros y con todos formando, en el seno de su familia, una familia grande, la heredera de sus triunfos de poeta, de sus premios de literato, de sus glorias de guerrero y de su renombre de maestro.

¡Y fué un padre modelo, porque si la Naturale-

za no le dió hijos, su mano generosa los buscó entre los suyos!

¡La gratitud en este caso sella mis labios; pero las lágrimas me hacen proclamar lo que mi mujer y mis hijos y yo les debemos á él y á Margarita, que bien sabe que desde el día en que el Maestro cerró los ojos, yo le guardé un lugar en mi corazón, de donde nunca saldrá!

¡Ya ve Ud., querido amigo, todas las cosas que Ud. ha traído á mi memoria y que yo he evocado bajo el influjo de su palabra, estimulado por el cariño que á Ud. profeso y deseando recompensar el afecto que Ud. me consagra!

¡Ud. me pedía que yo escribiera algo acerca del Maestro para que Udes. le dieran lectura en la próxima fiesta con que piensan honrar su memoria, y yo, que he sido el único de Udes. que jamás consentí en hacer su elogio, he tenido que sacar del fondo de mi memoria, en donde los tenía encerrados, todos estos recuerdos que le entrego, para que Udes. sepan cómo el Maestro murió al calor de nuestro afecto!

¡Allá van, pues, mis recuerdos! ¡Recójalos Udes., háganlos suyos y únense á mí, no ya para levantarle una estatua, que habrá de llegar el día en que se la erijamos, sino para santificar su nombre, como él lo merece, porque á todos nosotros, á mí lo mismo que á Udes., nos amó por igual!